

Homilías Domingo Segundo Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí; Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo:

- No les queda vino.

Jesús le contestó: - Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.

Su madre dijo a los sirvientes: - Haced lo que él diga.

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos de unos cien litros cada una.

Jesús les dijo: - Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba.

Entonces les mandó: - Sacad ahora, y llevádselo al mayordomo.

Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo: - Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora.

Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él.

Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Hemos escuchado en el evangelio un texto muy conocido: Jesús convierte el agua en vino para que haya para todos.

Se parece a aquel otro signo que Jesús realizó en el desierto, multiplicando los panes, para que hubiera comida para todos.

Son signos a favor de la “vida” y para la “vida”. Por eso, Jesús no aceptó nunca hacer signos “espectaculares o maravillosos”, para adquirir prestigio o para dar espectáculo, como la gente esperaba y pedía.

Los signos de Jesús son signos sencillos a favor de la vida, para ayudar a la gente.

Nosotros somos invitados a “convertir el agua en vino”, pero no entendiéndolo literalmente.

Somos invitados a convertir las cosas “cotidianas y sencillas” de la vida, que a veces valoramos tan poco, en cosas “agradables y valiosas”.

En la vida de cada día hay montones de cosas que hacemos “rutinariamente”, porque nos hemos acostumbrado a ellas, pero que hechas de otra manera, cambian por completo.

- Atender a un anciano.
- Cuidar a un enfermo.
- Escuchar a un niño.
- Comprender a quien tiene problemas y compartirlos.
- Dar una limosna con una sonrisa.
- Respetar y valorar las opiniones de los demás, no queriendo tener siempre razón.
- Preparar las cosas de casa.
- Tener paciencia con los niños.
- ...etc.

Todas estas cosas, de la vida de cada día, serán “rutinarias e intrascendentes” o “agradables y valiosas” según el espíritu y el ánimo con que se realicen.

Pero, sobre todo, dependerá del “amor” que se ponga en todo ello.

Al fin y al cabo se trata de hacer cosas para los demás y por los demás y de cara a los demás, el amor es lo que más cuenta.

(B)

Hay dos frases que se han popularizado en exceso entre nosotros y que chocan frontalmente con el pasaje que acabamos de escuchar en el Evangelio...

“Ése es su problema”. He aquí una frase en uso. Forma parte del lenguaje de las nuevas generaciones y me temo que refleja una forma de enfocar la vida.

Hoy se usa mucho la frase en cuestión, quizá porque estamos acentuando el individualismo de forma alarmante y como reflejo de esta realidad salta la frase que ya es típica del momento actual y que se repite a veces con convicción –eso es lo malo- y otras con ironía.

Y porque “ése es su problema”, posiblemente suceden cosas como, por ejemplo, éstas y otras por el estilo que nos cuenta la prensa diaria al hilo de la noticia:

- Una mujer en los arrabales de Bilbao, se lanza camino del hospital, porque su quinto hijo anuncia que quiere nacer deprisa. ¡Y tan deprisa! Nace en plena carretera y tiene que recogerlo en su falda. Emocionante caso, ¿no?. Pero los automovilistas que pasaron y los que la madre paró con sus gritos, pidiendo su ayuda, opinaron que trasladarla al hospital era “su problema” y el de ellos evitar que la tapicería del coche se manchara de sangre. Consecuentes con el problema de cada uno, pasaron de largo. Menos mal que hubo uno que en su furgoneta, llena de hierros, recogió a la madre y al hijo, haciendo del problema ajeno “su propio problema”.

Y así podríamos contar hasta mil. Por no hablar del hambre, la guerra y las grandes injusticias...

En este mundo, tan civilizado, tan sofisticado, tan lleno de “slogans” y de ritos, donde las reivindicaciones y las exigencias están a la orden del día, hay una frase que resume, quizá como pocas, el gran vacío que se agita en su fondo. Esto es “su problema”.

“YO VIVO MI VIDA”

Un padre de familia fue invitado a asistir a una reunión del Colegio de sus hijos. Como no fue, alguien le dijo: “No te hemos visto ayer en la reunión de padres.” Cada uno tiene sus problemas. Yo vivo mi vida y no me interesan los problemas de los demás.

Aparte de una actitud de egoísmo, se olvidó de algo fundamental. Sus hijos no son islas, ni en el Colegio ni en la calle. Pensaba que sus hijos eran únicos, hasta que un día le llega la noticia de que su hijo mayor estaba metido en drogas. Era un chico bueno, pero entró en un grupo de amigos del barrio que eran consumidores y terminó siendo uno más en el grupo. Desesperado recriminó a su hijo y hasta le levantó la mano. El chico guardó silencio. Cuando creyó que su padre se había calmado, le dice: “Papá, yo no consumía, pero mis amigos me convencieron.”

A su hijo le pasó lo que a aquella chica a la que su abuelita le decía: “Hija, no te quiero ver con Carlitos”. Pero abuela, ¿dudas de mí? No hija, tengo plena fe en ti. ¿Dudas entonces de Carlos? Tampoco, hija, es un santo. ¿Entonces de qué dudas? De los dos juntos, hija, de los dos juntos”.

Está bien que vivamos nuestra vida, pero también nos interesa la vida de los demás que, de alguna manera, condiciona la nuestra y la de nuestros hijos. No basta que tu hijo sea bueno, es preciso que el ambiente que frecuenta sea también lo sea. Por eso, no basta preocuparte de tu hijo, te deben preocupar también los demás.

Para un cristiano, estas frases (“Ese es su problema” o “Yo vivo mi vida”), no deberían pronunciarse nunca. El Evangelio de hoy es una lección clara al respecto.

Que el vino se acabe, que la pareja de novios quede mejor o peor con sus invitados, eran, al parecer, problemas de los anfitriones, no de María, ni de Jesús, que estaban invitados y para nada habían intervenido en la organización del banquete. Sin embargo, Jesús asume el problema de los otros y lo resuelve. Así siempre. Toda la vida de Jesús será una lección repetida de esta misma historia y un esfuerzo para dejar claro a los hombres que quieran seguirle, que, si hay algo absolutamente anticristiano, es la insolidaridad con los demás hombres.

A un cristiano ningún problema humano puede serle ajeno...

(C)

Seguramente una de las experiencias más duras para el ser humano es sentirse despreciado y rechazado. Para cualquier persona debe ser terrible descubrir que nadie le quiere, que no le importa a nadie, que está de sobra en la vida. Leyendo la primera lectura de este domingo sospecho que algo así sentía el pueblo de Israel.

Eran gentes que se sentían maltratadas y despreciadas por todos los pueblos dominadores. Parece que en aquellos momentos pensaban: “Dios ya no nos quiere, nos ha abandonado, se ha cansado de nosotros”. El pueblo de Israel se considera como una esposa abandonada. Pero cuando está pasando por esta experiencia de abandono aparece un profeta que le dice cosas maravillosas: que será como un tesoro... (¡Cuántas veces las madres decís a vuestros hijos “tesoro mío” para significar el valor infinito que tienen para vosotras vuestros hijos!). Le dice el profeta que la cambiará de nombre, te llamarán “Mi favorita” o “Desposada”, porque Dios se casará con él. Y termina diciendo: “La alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo”. Yo no sé qué efecto produjeron estas palabras en aquel pueblo destrozado. Quizás pensaría: ¿Será verdad? ¿Será verdad que Dios me quiere así? ¿Por qué a nosotros? ¿Es que no hay gentes mejores? Seguramente le costaría trabajo creerlo, como si fuera demasiado bonito para ser verdad.

Creo que estas palabras del profeta también quieren decirnos algo a nosotros. Nos preguntamos estas palabras ¿son también para nosotros? ¿Dios también nos quiere así, pobres cristianos de esta pobre parroquia...? ¿No hay otras gentes y otras parroquias más importantes? También nos parece demasiado bonito para ser verdad. Sin embargo, vamos descubriendo en nuestro entorno algunos avances. Miramos el funcionamiento de nuestra parroquia y vamos viendo que ocurren también aquí entre nosotros cosas hermosas.... ¿También a nosotros el Señor quiere devolvernos la alegría y la fiesta?...

El evangelio nos habla de eso... Jesús ha sido invitado a una fiesta...

Jesús ha sido invitado a nuestra fiesta... todos los domingos....

Cuando hemos celebrado acontecimientos importantes: Bautismo,

Comunión, Confirmación, Matrimonio... cuando hemos despedido a un ser querido, Jesús siempre ha sido un invitado permanente en nuestra familias, y en esta familia más grande que es la Parroquia...

Pero en nuestras fiestas: nuestro matrimonio, nuestra vida de familia, la vida cristiana, la vida parroquial... La fiesta puede empezarse a aguarse... Y se acaba el amor, la comunicación, los signos de ternura, la comprensión..., los detalles..., el compromiso..., la generosidad, la solidaridad...

El cansancio, la monotonía, las costumbres, las decepciones... nos llevan a una situación de que también en la fiesta de nuestras familias, de la Parroquia y del Pueblo... se vaya apagando la alegría, la fiesta, el gozo...

La actuación de Jesús en Caná, preocupado por la felicidad de un joven matrimonio en la fiesta de sus bodas, es un “signo” cargado de hondo significado. A Dios le interesa la felicidad del hombre, a Dios le interesa la felicidad de nuestra familia, de nuestra parroquia y de nuestro pueblo... Él quiere que seamos felices. Que nada ni nadie nos arrebathe la alegría de sentir que está a nuestro lado... y que brote de nuevo en nuestras familias, parroquia y pueblo, la alegría y el gozo.

Cada Misa es expresión de esa fiesta feliz que hemos de llevar los cristianos en el alma. Nosotros también sentimos que Dios nos quiere y desea que seamos felices.

(D)

Y a propósito hoy quiero recordar a Loli, una esposa muy original. Su cariño le hacía inventar y soñar cosas. Le habían dicho, antes de casarse, que la ruina del matrimonio, era la rutina. Ella decidió que un día no fuese igual al anterior. Y se las amañaba para ser original cada día. Por la mañana, metía en el bolsillo a su marido un papelito con una sugerencia para el día. Cada día se inventaba algo. Recojo algunas de ellas:

“Cariño, cuando leas este papelito, no lo tires. En él está mi cariño y mi recuerdo por ti”. “Amor, si durante el día llamas a casa, y no me encuentras, he salido a buscar a los chicos. Piensa que lo

sentiré mucho. Sólo escuchar tu voz, me refresca el corazón”.
“Amor, a ti se te hace largo el tiempo que pasas en la oficina con todos sus problemas. ¿Te das cuenta de lo largo que se nos hace a nosotros el día, pensando cuándo llegarás a casa?”
Y así, día tras día, iba manteniendo viva la llama del amor. El marido se sentía sorprendido y en más de una ocasión le sirvió para evitar el meter la pata. Incluso, se lo confesó:
“Debo decirte algo. Espero me comprendas. Te agradezco esos papelitos que cada día me has dedicado todos estos años. Gracias a ellos, he podido ser fuerte. Te lo debo a ti. Y espero me sigas ayudando, pues aunque no tengo dudas ni de tu amor ni del mío, las ocasiones y las ofertas, están ahí”.
Loli, entonces, aprovechó la ocasión para dar un paso más. Siempre había querido abordar el tema religioso, pero no encontraba el momento oportuno. Le escribió una carta a pedazos. Los resumo brevemente:

Primer paso: “Amor, cuanta alegría sentí con la confesión que me hiciste el otro día. Me ha llenado de gozo y satisfacción. También yo quiero hacerte mi confesión. Espero que también tú la comprendas y me entiendas.

Alguna vez, tú me preguntaste si tú habías sido el primero en mi vida. Yo te dije que sí. Te mentí. Tú no fuiste el primero. Fuiste el segundo. Antes de ti, hubo otro que me ganó el corazón. Amor, no lo tomes a mal, ni te enfades. No rompas esta carta. Desde ese día, la cosa siguió entre nosotros. Yo procuraba verlo todos los domingos. Durante la semana nos hablábamos casi a diario. Me habían dicho que ciertas amistades hay que cultivarlas con delicadeza. Por hoy, termino aquí. El resto te lo contaré en la siguiente”.

El marido no sabía qué pensar. Amores de niña. Eso todos lo hemos pasado.

Segundo paso: “Amor, como te decía, alguien fue primero en mi vida. En algún momento hasta pensé casarme con él. Creo que fue un momento de sueño adolescente. Tú apareciste en mi vida. Cuando te vi sentía un cosquilleo en mi corazón. Eras un tipazo. Mis amigas me miraban con envidia.

Desde ese día yo sentía dentro de mí dos amores profundos. El otro y tú. El otro me seguía atrayendo. Tú también. Consulté con un sacerdote y le expuse mi caso. Un día me dijo: tú tienes la palabra, pero creo que sin renunciar a ese amor profundo que sientes, el chico que ahora te acompaña puede ser tu destino por los caminos de la vida. Desde ese día, no tuve ya más dudas. Me decidí ser lo que hoy soy: tu esposa.

Claro que al otro nunca lo he podido sacar de mi corazón. Y ahora que te adoro y quiero tanto, sigo queriéndolo igualito a él. Yo sigo hablando con él. Y tú me has visto muchas veces. ¿Y quieres que te confiese algo muy secreto? El estuvo en nuestra boda. No sabes cómo se alegró de vernos a los dos tan encariñados y con tantas ilusiones en el corazón. Ese día nos bendijo a los dos. Cada vez que tengo algún problema contigo, hablo con él y él siempre me recuerda lo que nos dijimos tú y yo el día que nos casamos. “te recibo como a mi esposo y padre de mis hijos, en la alegría y en el dolor, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, para amarte y servirte todos los días de mi vida”.

Esta vez, su marido se sintió realmente sin piso. No entendía nada. Se sentía ilusionado de que alguien ayudase a Loli a superar los estorbos del camino, pues él era consciente de que era un poco duro con ella. Pero ¡pensar que su mujer seguía hablando todos los días con su antiguo enamorado! ¡Y que el tipo había estado en la boda! Eso, francamente le enredaba sus sentimientos y sus pensamientos.

Pensó en llamar a su esposa y pedirle que aclarase las cosas. Pero luego, pensó. Prefiero dejarla y que se vaya desahogando. Ahora que tengo el hilo de la madeja quiero ver hasta donde llegan las cosas.

Tercer paso: A Loli le cosquilleaba una intriga... ¡Mi marido no me dice nada! ¿Se habrá dado cuenta de algo? ¿No le importará nada todo lo que le digo? Y decidió escribir la última parte de su carta:

“Cariño, tus actitudes el otro día con los niños, no me gustaron nada. Y hasta creo que lo hiciste por probarme a mí. Me sentí como desilusionada, sobre todo, cuando te pedí que nos acompañases en el paseo y tú preferiste irte al fútbol. Confieso

que me dolió. Llamé a mi amigo de toda la vida. Me escuchó y me dijo ¿a caso tu marido no tiene también derecho a una distracción sana como es el fútbol? Tienes que comprender que toda la semana está hasta la coronilla de trabajo. Se lo agradecí y volví a recuperar mi serenidad. Creo que entonces te comprendí un poco más.

En el fondo, el éxito de nuestro matrimonio se lo estamos debiendo a él. A pesar de que tú no eres todavía su amigo, él te aprecia mucho y siempre me habla muy bien de ti. ¡Cuánto me agradecería lo conocieses como yo y cultivásemos juntos la misma amistad”.

Esta vez, el marido se sintió mosca. Ahora sí que no entiendo nada. A espaldas mía está cultivando una amistad con alguien que entró en su vida antes que yo. Decidió aclarar las cosas. El viernes por la tarde, llamó a su esposa, ofreciéndole pasar un fin de semana solos. Loli aceptó a la primera. Nada más colgar el teléfono, el marido sintió como una especie de transpiración por todo su cuerpo. ¡No me hará alguna de las tuyas! ¡Capaz de invitar a que su amigo nos acompañe y me lo presente!

El sábado muy temprano salieron los dos bien pintones. Ella feliz, reía como una primavera en flor. Luego del rico almuerzo, él miraba por todas partes por si alguien extraño andaba rondando por allí. Y no vio a nadie. Tomó fuerzas de flaqueza y muy sereno le dice: “Loli, he guardado silencio todo este tiempo, a propósito de tus cartas. Pero, compréndeme que ya no puedo más. De una vez, quiero me aclares las cosas. ¿Quién es ese amigo tuyo que tanto se mete en nuestras vidas? Loli, le miró con ternura. Le tomó de la mano. Y le dijo con una gran dulzura: ¿Y qué dirías si te confieso que está con nosotros aquí? El marido, se puso nervioso, volvió a mirar en torno suyo y no veía a nadie. ¡Imposible que fuese alguno de los camareros! ¿Tú crees que yo me voy a enamorar de uno de esos camareros?

Mira, cuando era niña, mi abuelita me habló tanto de Jesús que llegué a quererlo con toda mi alma. Desde mi Primera Comunión seguí cultivando mi trato con él. Todos los domingos iba a misa y

comulgaba. Para mí era algo especial. Ya adolescente, sentí que mi vocación era la de ser monja de clausura. Encerrarme en un convento y vivir toda la vida sólo para él, y con él. Hablando con mi confesor, me ayudó a discernir mi vocación. Él creía que mi camino era el matrimonio. Y que de casada podía amar a Jesús con todo mi corazón. Que podía amarte a ti y a él. Incluso, cuanto más le amase a él, más podría amarte a ti. Por eso te decía que él estuvo en nuestra boda, porque fue Él quien bendijo nuestro amor con el sacramento.

Durante estos años tan felices que llevamos unidos, yo he ansiado que orásemos los dos juntos. Pero sabía que tú no sientes lo mismo y quise respetar tu intimidad. En mi oración se lo decía, y él siempre me decía lo mismo: “tienes que respetar su libertad. Tú sigue orando. Ámalo mucho, porque a través de ti yo también le expreso el amor que le tengo. Tu marido es bueno. Ha tenido problemas.

Cuando Loli terminó de hablar, Kike, éste era el nombre del marido, tenía el alma llena de una paz increíble. Repasó toda la película de su vida de esposos y comenzó a entender muchas cosas de su esposa. La emoción le cortaba la voz. Sólo acertó a levantarse de la silla y unió sus labios con los de su mujer en un beso de amor.

Y en silencio pensó: ¿será este el vino nuevo del Evangelio que nos leyeron el día de nuestra boda?

P. Juan Jáuregui Castelo